

Ignorar estos fenómenos o pretender resolver todas estas dificultades por medidas administrativas, por decretos, es dar la espalda a la realidad y sustituir el marxismo por el voluntarismo. Nada es más nocivo para la marcha de la revolución que la política de avestruz, que la ignorancia de la realidad, de la dura realidad, con todas sus dificultades. Los engruimientos, el optimismo ciego y a la medida típico de la burocracia, son los peores servicios que se le pueden prestar al proletariado. Hay que decir y repetir la cruda realidad a los obreros, enseñarles todos los peligros que tendrán que afrontar y superar para la reorganización de la sociedad. Los impacientes que piensan esquivar las dificultades negándolas, o suprimiéndolas por vía de decreto y de proclamación, no pueden ser revolucionarios conscientes, ni ésta su obra, sino únicamente elementos pequeñoburgueses desclasados, fugosos e irresponsables. Hay que cuidar se como de la peste, de la adulación y de la demagogia revolucionaria. No se trata de satisfacer las necesidades de una minoría de soñadores, sino tomar parte en la actividad de realización de la clase obrera. Este camino no es nada derecho, llano, como lo presentan los voluntaristas, sino tortuoso, lleno de tropiezos. Para recorrerlo, el proletariado necesitará una profunda reeducación, adquirir conocimientos, capacidades de administración y de organización, y todo esto en medio de una guerra abierta en contra de los capitalistas, en medio de una población a menudo hostil y generalmente dudosa, oscilando constantemente entre el Capitalismo y el Socialismo. Esta capacitación, el proletariado no puede adquirirla más que en el curso mismo de su actividad; es decir que los errores serán inevitables y numerosos. La marcha adelante de la Revolución Social es un largo período que se hará inevitablemente en medio de derrotas parciales, de retrocesos momentáneos, de concesiones y de compromisos.

*no se puede pensar en poder avanzar de este modo*  
 No se pone suficientemente en guardia contra el peligro consistente en desligar a la minoría más consciente, combativa, decidida del proletariado, del conjunto de la clase, y en dejarla partir a combates prematuros. La Revolución Social no puede ser más que la obra de la inmensa mayoría de la clase, arrastrando las capas de trabajadores más próximas del proletariado y neutralizando a las otras. Estas inmensas masas no se muevan por un ideal lejano, por más grandioso que éste sea, sino por necesidades inmediatas, por la búsqueda de la satisfacción inmediata. Tener en cuenta estas realidades y estas posibilidades es el deber más imperioso de la vanguardia. Toda política de precipitación que no tenga en cuenta las realidades, llevará a la catástrofe, pues no hará más que aislar a los elementos más revolucionarios de la clase, los expondrá a una lucha infuente contra el capitalismo y a su exterminación, producirá el descontrol y la desmoralización dentro de la clase.

La Revolución Rusa ha cometido muchos errores. Solo apologistas beatos o balances escritores, tipo "Amigos de la URSS", pueden verse obligados a justificarlo todo. Los revolucionarios están tan lejos de la lajezza de los "Amigos de última hora" como de los "severos justicieros" que botan al niño con el agua sucia del baño; saben que los errores son, y serán inevitables -sobre todo en el plano económico en el cual el proletariado no tiene experiencia alguna, sino todo por aprender-, que esa experiencia no la puede obtener más que en el curso de su propia acción, a través de improvisaciones, de tanteos, y de retrocesos.

Los Bolcheviques no estaban eximidos de errores, claro, y eran los primeros en tener conciencia de ello. Pero nadie les puede discutir su constante preocupación por la realidad, su perspicacia, y su aguda inteligencia de las situaciones, su ejemplar capacidad para afrontar las dificultades, y replegarse en orden cuando la situación lo exigía.